

cometería la locura de no retirarse ante treinta cañones), en la cual idea entra también la grandeza del príncipe conquistador, su reputación y el respeto que le rodea, so corre el riesgo de inclinar un poco la balanza de este lado, y acontece por ello que algunos tienen formada tan grande idea de sí mismos y de los medios con que cuentan, que no pareciéndoles ni verosímil que haya nada capaz de hacerles frente, pasan á cuchillo allí donde encuentran resistencia mientras les dura la buena fortuna, como se ve por las fórmulas de intimación y desafío que empleaban los príncipes de Oriente y sus sucesores actuales, fiera y altiva é inspirada por un despotismo bárbaro. En el lugar por donde los portugueses comenzaron la conquista de las Indias, encontraron algunos Estados en los cuales se practicaba la siguiente ley universal é inviolablemente: el enemigo que había sido vencido en presencia del rey ó del lugarteniente de éste, no tenía ningún derecho á gracia ni rescate.

Es preciso, sobre todo, guardarse, á poder hacerlo, de caer en manos de un juez enemigo, victorioso y armado.

CAPÍTULO XV

CASTIGO DE LA COBARDÍA

Á un príncipe que era al propio tiempo valeroso capitán he oído sostener el principio de que no es lícito por cobardía condenar á muerte á un soldado, con motivo de haberle referido, en ocasión en que se hallaba en un banquete el proceso del señor de Vervins, quien fué condenado á la última pena por haber hecho entrega al enemigo de la plaza de Bolonia. Es lógico que se establezca diferencia entre las culpas que tienen su origen en nuestra debilidad y las que provienen de nuestra malicia; pues en estas últimas sujetámonos á nuestro proceder, contraviendo los principios de la razón que la naturaleza imprimió en nosotros; y en aquéllas, como que podemos testimoniar en nuestro abono la misma naturaleza que nos hizo proceder con flojedad y desacierto. Por manera que, muchos han sido de opinión que el castigo sólo debía aplicarse á las faltas cometidas contra nuestra conciencia, y en este precepto se halla fundada en parte la opinión de aga que se oponen á que se condene á muerte á los heréticos y descreídos, como también la que establece que no se que responsables á un juez ó á un abogado de las faltas sol por ignorancia cometieren.

Más por lo que á la cobardía toca, es lo cierto que la manera más frecuente de castigarla es la vergüenza é ignominia. Créese que tal pena fué impuesta primeramente por el legislador Carondas, y que antes de éste las leyes

griegas imponían la muerte á los que habían huido en una batalla. Este legislador ordenó que los cobardes fuesen por espacio de tres días expuestos en la plaza pública, vestidos de mujer, esperando por tal medio que con la vergüenza y deshonra recobrasen el valor que habían perdido. *Suffundere malis hominis sanguinem, quam effundere*¹. Parece que las leyes romanas imponían también la muerte á los que incurrian en el delito de huida; pues Amiano Marcelino dice que el emperador Juliano condenó á diez de sus soldados que volvieron la espalda en un encuentro con los partos, á la pena de degradación y luego á la de muerte, según las leyes antiguas, como asegura aquel historiador. En otro pasaje, sin embargo, dice que se condenaba á los que huían solamente á que permaneciesen entre los prisioneros, detrás del ejército, bajo la enseña del bagaje. El duro castigo que aplicó el pueblo romano á los soldados que huyeron de Canas, y en la misma guerra á los que siguieron á Cneo Fulvio en su derrota, no fué la muerte; mas es de temer que la vergüenza á que se somete á los soldados, los convierta no ya en amigos débiles, sino en enemigos declarados.

En tiempo de nuestros padres, el señor de Franget, que fué lugarteniente de la compañía del mariscal de Chatillon, habiendo sido instituido gobernador de Fuenterrabia por el mariscal de Chabannes, en sustitución del señor del Lude, entregó la plaza á los españoles. Por tal proceder fué condenado á la degradación, y despojado de nobleza; y así su persona como la de sus descendientes declaradas plebeyas, como tales sometidas á impuesto é inhabilitadas, para el ejercicio de las armas. La sentencia fué ejecutada en Lyon. Análogo castigo sufrieron después todos los nobles que se hallaron en Guisa, cuando entró en esta plaza el conde de Nansau, y la misma pena se aplicó á otros más tarde. De todos modos, cuando existe una falta grosera, demostrada, de ignorancia ó cobardía, que sobrepase lo ordinario, hay razón para tomarla como prueba suficiente de maldad y malicia y para castigarla como tal.

CAPÍTULO XVI

UN RASGO DE ALGUNOS EMBAJADORES

En mis viajes acostumbro para aprender algo en la comunicación con los demás (que es siempre un excelente medio de instruirse) á llevar la conversación á aquellas materias que mis interlocutores conocen mejor:

1. Más vale que el delincuente se avergüence de su culpa que derramar su sangre. TERTULIANO, *Apologética*.

Bastí al noechiero ragionar de' venti,
Al bifolco dei tori; e le sue piaghe
Conti 'l guerrier, conti 'l pastor gli armenti *;

pues suele acontecer que cada cual habla de mejor gana de cualquiera otra profesión que de la que ejerce, creyendo con ello adquirir reputación nueva. Buena prueba de esto es el reproche que dirigió Arquidamo á Periánder, quien abandonó la medicina para alcanzar la reputación de poeta detestable. Ved cómo César se esfuerza para darnos á conocer su competencia en la construcción de puentes y máquinas de guerra, y cuanto menos habla de las cosas propias de su arte, de su valentía y acierto en la dirección de sus ejércitos: sus empresas acreditanle de excelente capitán; mas quiere mostrarse como buen ingeniero, ciencia á que era ajeno por completo. Dionisio el Viejo era guerrero consumado como á su situación convenia, pero se esforzaba en recomendarse principalmente como poeta, arte en que casi nada entendía. Un abogado á quien enseñaron una habitación llena de libros de su profesión y de otras ciencias, no encontró ocasión alguna de hablar de ellos, pero en cambio se extendió en largas y magistrales consideraciones sobre el plano de una fortificación, colocado en la escalera de la casa, que cien capitanes y soldados veían todos los días sin reparar ni parar mientes.

*Optat ephippia piger, optat arare caballus *.*

De esta suerte, todo son desaciertos; de modo que cada cual debe trabajar sólo en aquello que le compete: el arquitecto, el pintor, el zapatero, todos en la profesión que han elegido y de cuyo desempeño son capaces.

Acostumbro en mis lecturas á fijarme muy detenidamente en el oficio de sus autores por el motivo dicho. Si éstos son exclusivamente literatos, me detengo antes que en otra cosa en el estilo y lenguaje; si médicos, los creo de buena fe cuando hablan de la temperatura del aire, de los temperamentos de los príncipes y de sus heridas y enfermedades; si jurisconsultos, no paro mientes más que en las controversias del derecho, en las leyes, en los reglamentos urbanos y cosas análogas; si teólogos, en los asuntos eclesiásticos, censuras de la iglesia, dispensas y matrimonios; si cortesanos, en las costumbres y ceremonias; si guerreros, en lo que á este cargo incumbe, y principalmente lo que naturalmente se desprende de las empresas en que individualmente han tomado parte; si diplomáticos, en las nego-

1. Que el piloto se conforme con hablar de los vientos, el labrador de sus yuntas, el guerrero de sus heridas y el pastor de sus rebaños. *Trad. italiana* de PROPERCIO, II, 1, 43.

2. El pesado buey quisiera llevar la ligera silla; el caballo tirar del arado. HORACIO. *Epist.*, I, 14, 43.

ciaciones, prácticas y convenios políticos y en la manera cómo los condujeron.

Por esta razón diré que lo que en otro autor hubiera pasado por alto sin inconveniente, llamé por extremo mi atención en la historia del señor de Langey, hombre muy entendido en cosas diplomáticas. El caso es como sigue: luego de haber dado cuenta de las admoniciones del emperador Carlos V en el consistorio de Roma, encontrándose presentes el obispo de Macón y el señor del Velly, que eran nuestros embajadores, Langey añade que Carlos empleó muchos ultrajes contra Francia; entre otros, dijo que si sus capitanes y soldados fueran de la misma valía y competencia militar que los del rey, desde aquel momento se amarraría una cuerda al cuello para pedirle misericordia (y algo debía participar de semejante idea, pues lo repitió dos ó tres veces en distintas ocasiones), desafiando también al rey á pelear en camisa, con la espada y el puñal, en un barco. Dicho señor de Langey, siguiendo la relación de su historia, añade que nuestros embajadores, al dar cuenta á su soberano de estas cosas disimularonle la mayor parte, hasta el extremo de ocultarle las palabras injuriosas que quedan escritas. Ahora bien; yo encuentro muy extraño que un embajador se permita abusar así de lo que su deber le ordena comunicar á su soberano; más aún en ocasión como aquella, viniendo de tal persona y proferidas en asamblea tan importante; paréceme que el deber del servidor es representar fielmente las cosas por entero, como han acontecido, de suerte que la libertad de ordenar, colegir y juzgar, queden en poder del soberano ó amo, pues aduñarle á ocultarle la verdad por temor de que saque de ella alguna torcida consecuencia y que esto le irrogue perjuicio, y dejarle ignorante de sus negocios, entiendo que tal proceder incumbe sólo al que da la ley, no al que la recibe; al curador y maestro, no á quien debe suponerse inferior, no ya sólo en autoridad, sino también en prudencia y buen consejo. De todas suertes, yo confieso que no quisiera estar servido por emisarios semejantes en mis exiguos negocios.

Cualquier pretexto nos basta para sustraernos del mandato que se nos encomienda, pero nos gusta usurpar el de otro; todos aspiran á tener libertad y á ejercer autoridad, de suerte que al superior nada le es tan grato de parte de los que le sirven como la obediencia ingenua y sencilla. Se yerra en el ejercicio de un cargo cuando para obedecerlo se echa mano de la discreción y no de la sumisión. P. Craso, aquel á quien los romanos estimaron cinco veces feliz, cuando se encontraba en Asia, mandó á un ingeniero griego que le llevase de Atenas el más grande de dos palos mayores de navío que había visto en aquella ciudad, para construir con él cierta máquina de guerra. El ingeniero, so pretexto de competencia, tomóse la libertad de proceder en el encargo

por voluntad propia, y llevó á P. Craso el más pequeño, que en su opinión era el más adecuado para el caso. Craso oyó pacientemente sus razones y castigóle luego con varios látigazos; pues opinaba que el mantenimiento de la disciplina interesaba más que la solidez de la obra que trataba de construir.

Debe considerarse además que la obediencia estricta no es pertinente sino en el caso en que las órdenes sean bien prefijadas y determinadas. Los embajadores tienen por lo común una misión más abierta, que en muchos casos depende de su albedrío; no son sólo simples ejecutores, sino que dirigen con su consejo la voluntad del soberano. He visto comisionados que han sido reprendidos por obediencia estricta, cuando lo que procedía conforme á la marcha de los negocios no era una sujeción tan grande. Los hombres competentes censuran la costumbre, todavía usada hoy entre los reyes de Persia, de encomendar tan sin libertad sus instrucciones á sus agentes y lugartenientes, que éstos se ven precisados á pedir con frecuencia nuevas órdenes, tardías en llegar por lo dilatado de aquel imperio, lo cual ha producido frecuentes perjuicios en los negocios del Estado. Y Craso, dirigiéndose para su encargo del mástil á una persona del oficio y anunciándola el uso á que lo destinaba, ¿no parece que solicitaba una opinión sobre su acuerdo, y que invitaba á aquélla á interponer su dictamen?

CAPÍTULO XVII

DEL MIEDO

Obstupui, stoteruntque comæ, et vox faucibus hæsit 1.

No soy buen naturalista según dicen, y desconozco por qué suerte de mecanismo el miedo obra en nosotros. Es el miedo una pasión extraña y los médicos afirman que ninguna otra hay más propicia á trastornar nuestro juicio. En efecto, he visto muchas gentes á quienes el miedo ha llevado á la insensatez, y hasta en los más seguros de cabeza, mientras tal pasión domina, engendra terribles alucinaciones.

Dejando á un lado el vulgo, á quien el miedo representa ya sus bisabuelos que salen del sepulcro envueltos en sus sudarios, ya brujos en forma de lobos, ya duendes y quimeras, hasta entre los soldados, á quienes el miedo parece que debía sorprender menos, cuantas veces les ha convertido un rebaño de ovejas en escuadrón de coraceros; rosales y cañaverales en caballeros y lanceros, amigos en

1. Estupefacto, la voz se apaga en mi garganta y se erizan mis cabellos. VIRGILIO, *Eneida*, II, 774.

enemigos, la cruz blanca en la cruz roja y vice versa. Cuando el condestable de Borbón se apoderó de Roma, un portaestandarte que estaba de centinela en el barrio de San Pedro, fué acometido de tal horror, que á la primera señal de alarma se arrojó por el hueco de una muralla, con la bandera en la mano, fuera de la ciudad, yendo á dar en derchura al sitio donde se encontraba el enemigo, pensando guarecerse dentro de la ciudad; cuando vió las tropas del condestable, que se aprestaban en orden de batalla, creyendo que eran los de la plaza que iban á salir, conoció su situación y volvió á entrar por donde se había lanzado, hasta internarse trescientos pasos dentro del campo. No fué tan afortunado el enseña del capitán Julle, cuando se apoderaron de la plaza de San Pablo el conde de Burén y el señor de Reu, pues dominado por un miedo horrible arrojóse fuera de la plaza por una cañonera y fué descuartizado por los sitiadores. En el cerco de la misma fué memorable el terror que oprimió, sobrecogió y heló el ánimo de un noble, que cayó en tierra muerto en la brecha, sin haber recibido herida alguna. Terror análogo acomete á veces á muchedumbres enteras. En uno de los encuentros de Germánico con los alemanes, dos gruesas columnas de ejército partieron, á causa del horror que de ellas se apoderó, por dos caminos opuestos; una huía de donde salía la otra. Ya nos pone alas en los talones, como aconteció á los dos primeros, ya nos deja clavados en la tierra y nos rodea de obstáculos, como se lee del emperador Teófilo, quien en una batalla que perdió contra los agarenos, quedó tan pasmado y transido que se vió imposibilitado de huir, *adeo pavor etiam auxilia formidat*¹, hasta que uno de los principales jefes de su ejército, llamado Manuel, le sacudió fuertemente cual si le despertara de un sueño profundo, y le dijo: « Si no me seguís, os mataré; pues vale más que perdáis la vida que no que caigáis prisionero y perdáis el imperio. » Expresa el miedo su última fuerza cuando nos empuja hacia los actos esforzados, que antes no realizamos faltando á nuestro deber y á nuestro honor. En la primera memorable batalla que los romanos perdieron contra Aníbal, bajo el consulado de Sempronio, un ejército de diez mil infantes á quien acometió el espanto, no viendo sitio por donde escapar cobardemente, arrojóse al través del grueso de las columnas enemigas, las cuales deshizo por un esfuerzo maravilloso causando muchas bajas entre los cartagineses. Así, afrontando igual riesgo como el que tuvieran que haber desplegado para alcanzar una gloriosa victoria, huyeron vergonzosamente.

Nada me horroriza más que el miedo y á nada debe te-

1. El miedo se horroriza de todo hasta de aquello que pudiera socorrerle. QUINTO CURCIO, III, 11.

merse tanto como al miedo; de tal modo sobrepaja en consecuencias terribles á todos los demás accidentes. ¿Qué desconsuelo puede ser más intenso ni más justo que el de los amigos de Pompeyo, quienes encontrándose en su navio fueron espectadores de tan horrorosa muerte? El pánico á las naves egipcias, que comenzaban á aproximarseles, ahogó sin embargo de tal suerte el primer movimiento de sus almas, que pudo advertirse que no hicieron más que apresurar á los marineros para huir con toda la diligencia posible, hasta que llegados á Tiro, libres ya de todo temor, convirtieron su pensamiento á la pérdida que acababan de sufrir, y dieron rienda suelta á lamentaciones y lloros, que la otra pasión, más fuerte todavía, había detenido en sus pechos.

Tum pavor sapientiam omnem mihi ex animo expectat¹.

Hasta á los que recibieron buen número de heridas en algún encuentro de guerra, ensangrentados todavía, es posible hacerlos coger las armas el día siguiente; mas los que tomaron miedo al enemigo ni siquiera osarán mirarle á la cara. Los que viven en continuo sobresalto por temor de perder sus bienes, y ser desterrados ó subyugados, están siempre sumidos en angustia profunda; ni comen ni beben con el necesario reposo, en tanto que los pobres, los desterrados y los siervos, suelen vivir alegremente. El número de gentes á quienes el miedo ha hecho ahorcarse, ahogarse y cometer otros actos de desesperación, nos enseña que es más importuno ó insoportable que la misma muerte.

Reconocian los griegos otra clase de miedo que no tenia por origen el error de nuestro entendimiento, y que según ellos procedia de un impulso celeste; pueblos y ejércitos enteros veíanse con frecuencia poseidos por él. Tal fué el que produjo en Cartago una desolación horrorosa: se oían voces y gritos de espanto; veíanse á los moradores de la ciudad salir de sus casas dominados por la alarma, atacarse, herirse y matarse unos á otros como si hubieran sido enemigos que trataran de apoderarse de la ciudad: todo fué desorden y furor hasta el momento en que por medio de oraciones y sacrificios aplacaron la ira de los dioses. Á este miedo llamaron los antiguos *terror pánico*.

1. El horror ha alejado la energía lejos de mi corazón. ENNIO, *apud* CIC., *Tuscul. quæst.*, VI, 8.

CAPÍTULO XVIII

QUE NO DEBE JUZGARSE DE NUESTRA DICHA HASTA DESPUÉS DE LA MUERTE

Scilicet ultima semper
Expectanda dies homini est; dicitur beatus
Ante obitum nemo supremaque funera debet¹.

Los niños conocen el cuento del rey Creso á este propósito: habiendo sido hecho prisionero por Ciro y condenado á muerte, en el instante mismo de la ejecución, exclamó: « ¡Oh Solón! ¡Solón! » Noticioso de ello Ciro é informado de lo que significaba, hizo comprender á Creso que á expensas suyas comprendia la advertencia que Solón le había hecho en otro tiempo, ó sea: « que cualquiera que sea la buena fortuna de los hombres, éstos no pueden llamarse dichosos hasta que hayan traspuesto el último día de su vida », por la variedad é incertidumbre de las cosas humanas, que merced al accidente más ligero cambian del modo más radical. Por eso Agesilao repuso á alguien que consideraba dichoso al rey de Persia por haber subido muy joven al trono: « En efecto; pero Priamo á esa edad tampoco fué desgraciado. » Reyes de Macedonia, sucesores del gran Alejandro, convirtieron en carpinteros y secretarios de los tribunales en Roma; tiranos de Sicilia, en pedantes de Corinto; de un conquistador de medio mundo y emperador de tantos ejércitos, la desdicha hizo un suplicante miserable de los auxiliares de un rey de Egipto: á tal precio alcanzó Pompeyo que su vida se prolongara cinco ó seis meses más. En tiempo de nuestros padres, Ludovico Sforza, décimo duque de Milán, bajo cuyo dominio Italia había permanecido tanto tiempo, murió prisionero en Loches, después de haber permanecido diez años encarcelado. La más hermosa de las reinas, viuda del rey más grande de toda la cristiandad, ¿no acaba de sucumbir bajo la mano de un verdugo? ¡Crueldad indigna y bárbara! Miles de ejemplos semejantes podrían citarse; pues parece que así como las tormentas y tempestades se indignan contra la altivez y orgullo de nuestras fábricas hay también allá arriba envidiosos espíritus de las grandezas de aquí abajo;

Usque adeo res humanas vis abditæ quædam
Obterit, et pulchros fascēs, sævasque securēs
Proculcare, ac ludibrio sibi habere videtur².

1. El hombre debe siempre esperar su fin. Nadie puede considerarse dichoso antes del último instante de su vida. OVIDIO, *Metam.*, III, 135.
2. Tan cierto es que una fuerza secreta se burla de las cosas humanas, se complace como jugando en romper las crueles hachas consulares y pisotea el orgullo de nuestro esplendor. LUCRECIO, V, 1231.

Y diríase que á veces la fortuna acecha con ojo avizor el último día de nuestra vida para mostrar su poder de echar por tierra en un momento lo que había edificado en dilatados años, haciéndonos exclamar con Laberio :

Nimirum ac die
Una plus vixi mihi, quam vivendum fuit ¹.

Así es que, debemos hacernos cargo de la advertencia de Solón, con tanta más razón, cuanto que se trata de un filósofo para cuya secta los bienes y los males de la fortuna son indistintos y casi indiferentes. Encuentro natural que Solón mirase al porvenir y dijese que aun la misma dicha humana que depende de la tranquilidad y contentamiento de un espíritu bien nacido y de la resolución y seguridad de un alma bien ordenada, no se suponga nunca en ningún hombre hasta que no se le haya visto representar el último acto de la comedia, sin duda el más difícil. Puede en todo lo demás haber apariencias y simulaciones. O bien los bellos discursos que la filosofía nos suministra no los aplicamos más que por bien parecer; ó los múltiples accidentes de la humana existencia no nos llegan á lo vivo, y consienten que mantengamos nuestro rostro tranquilo; pero en el último papel que en la vida desempeñamos, cuando la hora de la muerte nos es llegada, nada hay que disimular, preciso es hablar claro, preciso es mostrar lo que hay de bueno y de concreto en el fondo de nuestra alma.

Nam veræ voces tum demum pectore ab imo
Ejiciuntur; et eripitur persona manet res ².

He aquí por qué se deben en este último momento probar y experimentar todas las demás acciones de nuestra vida: aquél es el día magno, el día juez de todos los demás, el día, dice un escritor antiguo, que debe juzgar todos mis pasados años. Yo remito á la muerte toda la experiencia de mis estudios: entonces veremos si mis discursos salen de la boca ó del corazón. He visto muchas gentes á quienes la muerte ha dado reputación en bien ó en mal á toda su vida pasada. Escipión, suegro de Pompeyo, se rehabilitó por su buena muerte de la mala opinión que por su vida había merecido. Preguntado Epaminondas si se consideraba como más feliz que Cabrias é Ificrates, respondió que para dar una contestación justa precisaba que los tres hubieran sucumbido. En efecto, mucho habría que descontar á quien juzgara sin tener presente el honor y grandeza de su fin.

Dios lo ha querido así, mas en mi tiempo han muerto tres hombres execrables, de vida abominable é infame y los tres

1. ¡Ay! yo he vivido un día de más, que no hubiera debido vivir. MACROBIO, *Saturales*, II, 7.

2. Porque entonces la necesidad arranca palabras sinceras de nuestros pechos; entonces la máscara cae y el hombre solo aparece. LUCRECIO, III, 57.

acabaron sus días de una manera plácida y ordenada, casi perfecta. Hay muertes valerosas y afortunadas: he visto cortarse el hilo de una existencia, cuyos progresos maravillosos avanzaban sin cesar, en la flor de su crecimiento; alguien cuyos designios, según mi manera de ver, no podían ser interrumpidos; cumpliase su voluntad, en cuanto pretendía, en mayor grado todavía de lo que sus esperanzas deseaban, y sobrepasó con su muerte el poder y renombre á que por sus acciones con su vida aspirara. Al juzgar de la vida de mis semejantes miro siempre cuál ha sido su fin, y una de las cosas que más me interesan en la mía es que aquél se deslice de una manera tranquila y sosegada.

CAPÍTULO XIX

QUE FILOSOFAR ES PREPARARSE Á MORIR

Dice Cicerón que filosofar no es otra cosa que disponerse á la muerte. Tan verdadero es este principio que el estudio y la contemplación parece que alejan nuestra alma de nosotros y la dan trabajo independiente de la materia, tomando en cierto modo un aprendizaje y semejanza de la muerte; ó en otros términos, toda la sabiduría y razonamientos del mundo se concentran en un punto: el de enseñarnos á no tener miedo de morir. En verdad, ó nuestra razón nos burla, ó no debe encaminarse sino á nuestro contentamiento, y todo su trabajo tender en conclusión á guiarnos al buen vivir y á nuestra íntima satisfacción, como dice la Sagrada Escritura. Todas las opiniones del mundo convienen en ello: el placer es nuestro fin, aunque las demostraciones que lo prueban vayan por distintos caminos. Si de otra manera ocurriese, se las desdeñaría desde luego, pues ¿quién pararía mientes en el que afirmara que el designio que debemos perseguir es el dolor y la malandanza? Las disensiones entre las diversas sectas de filósofos en este punto son sólo aparentes; *transcurramus solertissimas nugas*¹; hay en ellas más tesón y falta de buena fe de las que deben existir en una profesión tan santa; mas sea cual fuere el personaje que el hombre pinte, siempre se hallarán en el retrato las huellas del pintor.

Cualesquiera que sean las ideas de los filósofos, aun en lo tocante á la virtud misma², el último fin de nuestra vida es el deleite. Pláceme hacer resonar en sus oídos esta palabra que les es tan desagradable, y que significa el placer supremo y excesivo contentamiento, cuya causa emana más

1. No nos detengamos en esas fugaces bagatelas. SENECA, *Epist.* 117.

2. Montaigne emplea casi siempre la palabra virtud en la acepción latina, más amplia y comprensiva que la actual; lo mismo expresa con ella la fuerza, vigor y valor, que la integridad de ánimo y bondad de vida.